

APARICION Y DESARROLLO DE NUEVAS PERSPECTIVAS DE VALORACION SOCIAL EN EL SIGLO XIX: LO CURSI

«¿Qué es la cursería? ¿Hasta dónde llegan las fronteras de ese poderosísimo Imperio de Corsia, cuyas invasiones crecen de día en día y se suceden unas a otras hasta el punto de que hoy podamos decir con el romano de la decadencia: "Sólo el bárbaro es ciudadano de Roma"? ¿De dónde nace el mal? ¿Cómo se comunica y cunde su contagio? ¿Qué remedios pueden atajarle?

A tales extremos se encaminan estas observaciones, hijas del análisis detenido y minucioso que nuestra holgazanería nos ha permitido hacer de la enfermedad que a todos affige.»

(FRANCISCO SILVELA: *La filocalia o arte de distinguir a los cursis de los que no lo son*, Madrid, 1868, pág. 8.)

¿QUÉ es lo cursi? La respuesta a esta pregunta, en general a toda pregunta, bien está dada y nos es conocida, bien permanece en la oscuridad, siendo necesario sacarla a la luz merced a su búsqueda y hallazgo. Pero ocurre en ocasiones que aun sabiendo el contenido de la respuesta no es posible formularla, por no encontrar el concepto o conceptos que la expresen con el debido rigor y generalidad. Esta clase de saber aún no encapsulado en conceptos se puede considerar constituido en zonas distintas, cuyo nexo común es simplemente un cierto grado de irracionalidad. La zona más profunda corresponde al saber del corazón —*cogitatio cordis*—, y la superficial a esa clase de sabiduría irreflexiva que nos permite llamar a alguien o algo «cursi» sin que sepamos con rigor lo que lo cursi sea. Tal sabiduría constituye, a mi juicio, el saber social por excelencia. No es la sedicente noticia del alma que trasparece en las razones del corazón ni el conocimiento científico de los manuales de botánica, sino un saber que procede de la convivencia en las formas de vida y cuya posesión por todos

y cada uno de los que conviven se sobreentiende. Detrás de estos sobreentendidos no hay ninguna «episteme», sino seguridad y perplejidad a la vez; la seguridad que procede del saber social y la perplejidad que surge cuando pretendemos establecer un contenido riguroso acerca del contenido de ese saber. Ninguna disciplina se ocupa explícitamente de averiguar cuál sea el sentido de la realidad social que se oculta en esos modos generalizados de comportamiento que se refieren a formas de convivencia. Implícitamente suele la sociología reclamar para sí esta clase de averiguaciones, pero en general cuestiones como qué sea «lo cursi», «la guasa», «el salero» o «el snobismo» son campo propicio por la indiferencia general de los estudiosos especializados para inteligencias errabundas, indisciplinadas y amigas de cavilar por pura fruición y juego.

Ante todo, y en vista de que sólo nos mueve una cierta curiosidad no exenta de asombro, adquiramos desde ahora el compromiso de no resignarnos con una respuesta fácil, pero engañosa, que aleje la cuestión sin contestarla. Rechacemos de antemano como pura falacia indigna de la libre decisión con que hemos emprendido este ensayo respuestas como «lo cursi es el amaneramiento en las formas», porque si es cierto que algo de verdad hay en ello también lo es que queda la cuestión postergada y no resuelta, porque qué sea el amaneramiento y cuáles las notas que lo definen en cuanto cursi y mil preguntas más replantean prácticamente, como si estuviera inédita, la preocupación inicial de *qué es lo cursi*.

Por lo pronto resulta notable el hecho de que lo cursi no se predique exclusivamente del comportamiento, sino también de las cosas. No sólo decimos de una persona que es cursi, sino también de un vestido e incluso de un edificio o un árbol.

¿Qué quiere decir esto? ¿Qué significa que tengan pleno sentido juicios de valor como el siguiente: «¡Qué arroyo más cursi!»?

En cuanto al comportamiento, el hecho de que pueda ser afectado de lleno por la cursilería permite diferenciarlo de la pura conducta, y nos ofrece un punto de vista excepcional para el análisis de lo cursi. Comportarse —*cum-portare*— es tanto como «llevarse con», es decir, producirnos de tal manera que el producirse esté definido por la resistencia de algo merced a lo cual cobra fisonomía y carácter. El concepto de conducta tiene un alcance más restringido, no significa «llevarse con», sino «regularse respecto a», de manera que la conducta se define desde unas normas que sirven

de regla, mientras que el comportamiento no excede de la mera relación entre hechos o cosas, sin que las normas intervengan. Toda conducta tiene a la base un comportamiento, pero no se da la inversa. Comportarse consiste fundamentalmente en que mi producirme o el supuesto producirse de algo tropiece con la resistencia de esto o aquello para que con el tropezón el producirse se transforme en un comportarse. Después veremos cómo el hecho de que todo lo que es comporte de un modo u otro su sentido es esencial para definir lo cursi.

Puedo regular mis acciones con arreglo a la normatividad de los usos sociales y dar la mano o no darla, destocarme o permanecer cubierto; pero ¿qué hago en el momento de mi hacer con la mano que se me extiende o con el sombrero que me quito? En el fondo comportarse es manejar, y el manejo el modo más matizado de convivir en sociedad. Los otros y las cosas son entes que tengo a las manos o me pillan trasmano, de los que puedo o no echar mano, que se me van de las manos o me vienen a ellas; pero en todo caso he de manejarme con ellos y para eso están y eso piden. En tal manejo se agota un amplio sector de lo social, el de los comportamientos, cuya vigencia sólo cesa cuando logramos la soledad absoluta, o mejor el olvido absoluto. Cuando el hombre entra en el lecho, decía San Buenaventura —donde el sueño nos vence—, entra en el sepulcro. *Cum homo intrat lectum, intrat sepulcrum*. Si alguien no sabe manejarse, ¡ay de él! Sea cual sea su conducta le falta el *tactum rerum*, el sentido del manejo de las cosas y de los otros, que es el peso social de la convivencia.

Pero el saber acerca de este manejo no es una sabiduría del alma; tampoco es una ciencia, ni siquiera un arte, aunque haya tratados de urbanidad, sino un saber irracional que procede del fondo social común, y cuyas categorías principales están sobreentendidas, yaciendo su explicación oculta en el seno de tal sobreentendimiento.

Admitamos según lo anterior que lo cursi pertenece al comportamiento como una de sus modalidades y que, por consecuencia, entra de lleno y estrictamente en el ámbito de lo social. Los elementos psicológicos que subyacen en cuanto ingredientes de la conducta nos interesarán superficialmente y sólo de pasada; por ahora, y quizá en esto se agote la investigación, nuestra pregunta

e inquietud debe ser: ¿Qué clase de anomalías han de darse en el comportamiento para que éste aparezca «cursi»?

La respuesta a la cuestión se facilitará si admitimos, aunque sólo sea como argucia dialéctica, el siguiente origen para la palabra «cursi»: lo cursivo.

No ignora el autor de este ensayo que a tal palabra se le han atribuído diferentes orígenes para esclarecer lo que pudiéramos llamar su pro genie histórica, ya que la etimológica no ofrece al parecer dudas (1). Pero las distintas explicaciones que se han sugerido son tan sólo probables y verosímiles, y en este ilimitado campo de la conjetura tiene su sede cualquier opinión que no llegue al disparate. Admitido esto damos por bueno que cursi viene del adjetivo cursivo, caracterizador de un tipo de letra que durante nuestro siglo pasado se tendió a identificar con la inglesa. No sería la primera vez que la escritura y el comportamiento se buscan a través del lenguaje familiar. Me viene a las mientes el verbo «atildar», algo así como poner tilde a la compostura, y la expresión, que sospecho mucho más moderna, aunque no lo sé seguro, de «ser un hombre muy historiado», que recuerda la letra historiada y la intención escondida en la superfluidad de su rasgueo.

Durante el primer tercio del siglo XIX se introdujo en España, siendo su vehículo el comercio, «que tanto une a las naciones», la letra cursiva inglesa, que entró pronto en abierta pugna con la letra tradicional española, particularmente la que forjaron y divulgaron los padres calasancios, disputándose entre ellas el cetro de la realeza caligráfica. Entonces tener buena o mala letra calificaba a una persona de instruída o ignorante, y aun más, de responsable e irresponsable. Se admitía tácitamente que los buenos principios y la buena letra se adquirirían al mismo tiempo. Este criterio respondía a la vieja tradición occidental que vinculaba el arte de escribir al clero y a la clase auxiliar del rey y la nobleza. En puridad nada explica mejor la completa disolución de

(1) RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA recoge la opinión de don Adolfo de Castro, quien hacia 1885 decía recordar de su niñez a un personaje de sainete, Reti-cursio, de cuyo nombre procedía la palabra (*Lo cursi y otros ensayos*, Buenos Aires, 1943, pág. 18). En *El Averiguador Universal* (año II, Madrid, 1883, páginas 102 y 163) se daba como inventor de la palabra al doctor Rafael Sarandesco. En el mismo sentido se ha manifestado recientemente un familiar del citado señor (véase *El Español* de 30 de marzo de 1943). Cfr. para otras hipótesis los artículos de MELCHOR FERNÁNDEZ ALMACRO en *A B C*, febrero de 1951.

los principios constitutivos de la cultura de Occidente que la des-
preocupación actual por la caligrafía. Sin embargo, aún no hace
muchos años la preocupación fundamental en la educación de los
jóvenes consistía en tener hermosa letra, y no hay duda que a
través de los rasgos nitidos, trazados con fácil esmero por una
mano suelta a la vez que sosegada, se adivina un alma tranquila,
segura de sí, con fe en sus ideales y obediente a un sistema obje-
tivo de normas que nutre su inteligencia y da firmeza a la mano.
Personalmente no puedo ver ninguna de estas escrituras décimo-
nónicas sin sentirme ante ellas un hombre completamente nuevo.

La contienda entre los que propugnaban la letra nueva y los
defensores de la antigua trascendió a las escuelas, a las casas de
comercio y a la vida privada. S. F. de Iturzaeta, autor del famo-
so *Arte de escribir la letra bastarda española*, dice hacia 1830:
«Ya hace algún tiempo que o por la mayor comunicación que ha
habido con los extranjeros o por causas que hacen poco favor a
los maestros ha empezado en España a tener algún partido la letra
inglesa, enseñándose públicamente en algunas escuelas. ¿Y cuál
ha sido el resultado? De tantos como se han dedicado a ella muy
pocos la han aprendido con alguna perfección, y casi todos han
adquirido una *cursiva* que está tan lejos del carácter inglés como
del español.»

He subrayado la palabra *cursiva* para denotar el tono despecti-
vo con que está empleada, anunciador del uso que por extensión
alcanzó más tarde (2). La polémica llegó a extremarse tanto que
hacia 1844 se publicó una Real orden aprobando el método de
letra inglesa comercial de Stirling, en la que se decía que «aten-
diendo a que no hay un método para la enseñanza de la letra ingle-
sa que ha adoptado el comercio, de donde resulta una letra im-
perfecta, confusa y muchas veces ininteligible», se obligará a los
maestros que quieran enseñarla a que lo ejecuten según el mé-
todo de Stirling. Y este mismo calígrafo, en el prólogo a su mé-
todo, advierte que «los empíricos destruyeron la tolerable letra de
los que a ellos se confiaron, sustituyéndole otra que no estando

(2) ALVERÁ (*Nuevo arte de aprender y enseñar a escribir la letra española para uso de todas las escuelas del reino...*, Madrid, 1847) emplea una curiosa forma masculinizada de « *cursiva*», en la que está apuntado el empleo *ad hominem* de la expresión: «Si algún cursivo extranjero hubiera de sustituir al nuestro nacional no temo asegurar que el inglés sería el último...»

cimentada en principios ciertos acabó por no entenderse, y no podía ser de otra manera, porque esos hombres, faltos de conocimientos, ignorantes de un buen sistema y de la verdadera fisonomía de la escritura inglesa, adaptaron a las letras un falso clarooscuro, con lo que fascinando la vista de aquellos que no eran conocedores les hicieron víctimas de sus pomposas promesas.»

El falso clarooscuro —como dice Stirling—, la intención pretenciosa que suele atribuirse a lo nuevo, la adopción de la letra por la nueva burguesía —el comercio— y los caracteres de la letra misma, incluso la depurada, que luego, sin olvidar la polémica que produjo su intrusión, señalaremos, justifican la aparición en el habla familiar del adjetivo «cursi», apócope de cursivo y raíz de cursería, cursilonería, cursilería, pues de las tres maneras se dijo. El *Diccionario* de 1869 la acogió en su seno, y desde entonces circula como moneda corriente.

Estamos ante un caso en que el concepto y la palabra aparecen simultáneamente. No hay aquí una palabra conocida de antiguo, como sal, que se aplique para designar a la persona que tiene «salero», sino que concepto y palabra aparecen al mismo tiempo. En la novela española del período barroco no existen, que yo sepa, «cursis»; al contrario que en Francia, donde los «ridículos» y «ridículas» se acercan y a veces invaden el terreno de la cursilería. Recuerde el lector la protesta de Madelon y Cathos por tener estos nombres y no otros más finos y elegantes y las propias palabras de Cathos : «Il est vrai, mon oncle, qu'une oreille un peu délicate pâtit furieusement à entendre prononcer ces mots-là; et le nom de Polixène que ma cousine a choisi, et celui d'Aminte que je me suis donné, ont une grâce, dont il faut que vous demeuriez d'accord.»

Quizá haya sugerido aún con mayor exactitud lo «cursi» Molière en aquellas notables palabras con que Madelon corrige a Marotte, que le había dicho sencillamente : «Voilà un laquais qui demande si vous êtes au logis, et dit que son maître vous veut venir voir.» La respuesta entraña sin duda una evidente cursilería : «Apprenes sotté, à vous annoncer moins vulgairement. Dites : Voilà un nécessaire qui demande si vous êtes en commodité d'être visibles» (*Les précieuses ridicules*, esc. V y VII).

En España, sin embargo, la consciencia de lo cursi que demuestra Molière, aunque carezca de término para designarla, no surge hasta doblada la mitad del siglo XIX, y sin duda que tal realidad social y su conocimiento hayan aparecido tan tarde es hecho de

suyo extraño y difícil de explicar. ¿Por qué no ha habido en España cursis? A su vez esta ausencia explica que cuando irrumpieron en la contextura de las formas de vida españolas los primeros cursis, su propia rareza y lejanía obligara a encontrar para designarlos una peculiar e inédita palabra, sin igual en ningún otro idioma.

¿Por qué razón durante tanto tiempo no hubo en España conciencia de lo cursi? ¿Por qué razón cuando apareció lo hizo de modo definido y claro, sin cobijarse en la amplitud de la acepción de otro vocablo, sino concretamente, pidiendo un nombre como toda realidad perfilada y perfecta?

Hay un libro, las *Rodomontades*, de Pedro de Bourdeilles, señor de Brantôme, que sirvió para definir al español del Siglo de Oro ante los ojos de Europa y que caló en algunos de los caracteres nacionales; entre otros la bravuconería, la altivez y el desplante, pero se buscará en vano en esta copiosa colección de anécdotas una siquiera que pueda calificarse de cursi.

Y esto por una razón entre otras: porque lo cursi es una cualidad del comportamiento burgués, y en España no comienza a haber burguesía hasta el siglo XVIII. En efecto, el burgués se caracteriza ante todo por ser una persona satisfecha de lo que tiene, pero no de lo que es. La burguesía media, la auténtica burguesía, y de la que particularmente hablo aquí, propende a diferenciarse del pueblo imitando los modos de vida de las clases superiores a ella, plutocracia y aristócratas, espionando con avidez sus formas de comportamiento. Este afán mimético no es la consecuencia de un congénito impulso de ascensión y poderío, sino el testimonio de una intrínseca debilidad social y una continua desazón psicológica provocada por un incompensado, a veces no reconocido, pero siempre actuante, sentimiento de culpabilidad. La burguesía moderna se ha hecho construyendo con los escombros de las dos clases a las cuales arrebató el poderío, la nobleza y el clero, y el instrumento con el cual edificó su poder, el dinero, ha tenido siempre ante la conciencia occidental un sospechoso cariz entre judaico y diabólico. Si la nobleza y el clero se han apoyado de siempre en un incommovible subsuelo espiritual o histórico, el burgués aparece desde el siglo XVI afanoso de fundamentación histórica y espiritual que horre o disimule el inconfesable sentimiento de culpabilidad. La Revolución francesa fué un excelente medio para liquidar el complejo cortando cabezas y secula-

rizando el clero; antes el calviuismo había sido otro esfuerzo por eliminar a los antagonistas y acusadores, creando una democracia de acreedores y justificando teológicamente el interés del dinero.

En España la burguesía moderna aparece casi súbitamente con las notas que definen su modernidad, merced sobre todo a la desamortización de Mendizábal. La venta de los bienes del clero produjo, entre otros efectos psicológicos y económicos aún sin estudiar, la consecuencia de extremada importancia política y social de dar a la incipiente burguesía una base territorial rústica que antes sólo tenían nobles y clero. Gentes con una mínima fortuna en moneda adquirieron fincas valiosas, objetos de arte y particularmente el sentimiento de vinculación a la tierra desde la perspectiva del hombre súbitamente dignificado por el *dominium eminens*, cuya eminencia les colocó de pronto en una situación privilegiada y rectora. La burguesía contemporánea española comenzó siendo una burguesía de nuevos ricos. Esta burguesía apenas tenía tras de sí historia, ya que por razones que he expuesto en otra parte en España apenas si hubo conato de burguesía, en el sentido moderno, hasta entrado el siglo XVIII. Además tampoco habrían los burgueses alcanzado la nueva altura por la fuerza, desde la legitimidad histórica de una revolución, sino por intrigas políticas y enredos de Juzgado, lo que explica en parte la susceptibilidad casi enfermiza del burgués español y la suspicacia de unos respecto de los otros, suspicacia que constituye el fondo psicológico de la expresión «cursi».

Si desde el punto de vista político la revolución de Mendizábal preparó el caciquismo rural, que había de ser la base de la reforma de Cánovas, también provocó en la brevedad del tiempo de la vida de dos generaciones la virada rápida de la izquierda a la derecha. Los revolucionarios anticlericales que habían adquirido, por lo general dolosamente, los bienes del clero, se convirtieron al clericalismo más cerrado. Los observadores del tiempo, ante cuyos ojos se realizaba la transformación, no supieron ver el cambio, aunque a veces lo sospechasen. Don Andrés Borrego creía que «el partido progresista se había dado cuenta de que la enajenación de los bienes nacionales era el único de los hechos producidos por su influjo, que le daba amigos, partidarios, individuos y clases dispuestas a defender la obra de la revolución». Pero por otra parte temía, y expresó su temor en el mismo libro, que fuera «gravísima imprevisión la de no ver un peligro y tal vez no muy

lejano en la transformación de una sociedad cuya prosperidad colectiva y pública pasa toda entera al dominio particular..., a los más ricos, a los más atrevidos, a los especuladores, por último, cuya asociación posible frustraría en la mayoría de los casos la competencia de los pobres» (3).

De esta manera la burguesía española nace al mundo contemporáneo no sólo con el sentimiento de culpabilidad característico de la del resto de Europa, sino con el sentimiento de indignidad y acomodaticia doblez que ha caracterizado hasta hoy la vida social y política de España.

Todo esto ocurrió aproximadamente cuando germinaba, por así decirlo, la palabra «cursi», hacia 1840. Don Juan Valera dice que «cursi» es una expresión vulgar. Hablando de la dificultad de inventar palabras afirma que «la palabra sencilla, nueva, rara vez se inventa, como no sea en estilo picaresco y bajo; por ejemplo, «cursi, guasa, filfa» (4). Don Juan, que dicho sea de paso tenía una exquisita sensibilidad burguesa, llamaba picaresco y bajo a todo lo que no encajaba en su riguroso academicismo; pero lo cierto es que la palabra procede de una zona vital propia de la burguesía, el comercio, y de un ejercicio cuyo arte ha pertenecido a la clase media, la caligrafía. El propio Valera, tan exigente con las palabras, tuvo que inclinarse ante esta nueva, de invención popular, y en 1871, en un artículo titulado «El extraño. Última moda de París», habla de la propia ordinariedad y la más vulgar cursi-lonería.

La expresión cursi y sus derivados se impusieron por haber nacido simultáneamente con la moderna burguesía española y corresponder a la actitud suspicaz, continuo miedo a ser la irrisión de los otros, malicia profunda y conciencia turbada, que son las notas que el sociólogo descubre en el subsuelo psicológico de esta clase, particularmente en España (5).

Creo que por este mismo tiempo, tan fecundo, de la desamortización de Mendizábal y aparición de la palabra «cursi» se empezó a emplear en su acepción actual la expresión «señorito». No

(3) *España y la revolución o estudio sobre el carácter de las reformas que han cambiado el estado de la sociedad española*, Madrid, 1856.

(4) «De la originalidad y el plagio», artículo fechado en Madrid en 1876.

(5) Para VALERA «la esencia de esto que ahora llamamos cursi está en el exagerado temor de parecerlo» (*Las ilusiones del doctor Faustino*, pág. 192, «Obras completas», edición Aguilar, Madrid, 1934).

hay en el idioma español anterior al siglo XIX ninguna palabra equivalente en este sentido a esta. «Señorito» es la expresión que el pueblo emplea para designar a la nueva burguesía, y el hecho de que sea un diminutivo de señor no sólo explica que en un principio desde el siglo XVII se refiriese a los miembros más jóvenes de las familias acomodadas, sino también y en medida igual si no mayor la intención peyorativa que es fácil vislumbrar en el empleo generalizado que el pueblo dió después al vocablo (6).

El efecto que caracteriza al señoritismo —generalización peyorativa de lo que de peyorativo hay en el señorito— es el orgullo falaz y la jactancia de clase, dos cualidades que no son atribuibles a los miembros de la sociedad semiestamental que duró en España hasta fines del siglo XVIII. Es la nueva clase, crecida al calor de las desamortizaciones y al influjo de la definitiva implantación de la economía moderna, la que al vocablo «señorito» añade las dos acepciones, designando una clase y señalando sus vicios. En 1875 un observador inteligente se refería a «aquella raza honrada de hombres laboriosos, sencillos y modestos a los que han venido a sustituir entre nosotros, sentimos decirlo, *en su mayor parte industriales máspreciados que laboriosos, más listos que sencillos, más fastuosos que modestos* (7).

Tanto la expresión cursi como la de señorito adquirieron plena vigencia, la última en la modalidad que aquí nos interesa, hacia el año 60, es decir, cuando maduraba la generación nacida alrededor de 1830, fecha en que las reformas económicas se inician. En el transcurso de estos años el pueblo tuvo necesidad de recurrir a una palabra que designara la nueva burguesía, y con fina intuición de la realidad generalizó el vocablo «señorito», cuya ambivalencia de intenciones, que no existe en la expresión señorita, le permitía adular y distinguir al mismo tiempo que calificar. Ya en el *Diccionario* de la Real Academia de 1791 hay un conato de la nueva acepción, dando el sentido metafórico de quien afecta gravedad en sus acciones o dominio y mando en lo que no

(6) La primera acepción aparece muy clara en este texto de CERVANTES: «La vida de la Señora y de los Señoritos, si es que el Señor Gobernador los tiene...», *Teatro*, ed. Biblioteca Clásica, t. 3, pág. 289.

(7) *Memoria relativa a la influencia que han tenido las leyes de desamortización y de la supresión del diezmo en el cultivo*, Córdoba, 1875, por don Francisco de Asís PALOU.

lo debe tener. Por su parte, el *Diccionario* etimológico de don Roque Barcia (Madrid, 1878) recoge la ya madura nueva acepción. «Señorito —dice—, denominación distintiva que aplican los criados a sus amos jóvenes. Se aplica comúnmente a toda persona regular, joven o soltera.» En ese adjetivo regular está denunciada la nueva acepción. Una persona regular es precisamente una persona de la clase media, no sólo porque entre lo mediano y lo regular haya una estrecha concomitancia, sino por el cúmulo de insinuaciones de carácter social incluidas en la frase «toda persona regular». Insinuaciones casi inaprehensibles, pero que no se escaparán a quien conozca el espíritu del idioma. Con anterioridad, en el *Diccionario* de don Ramón Joaquín Domínguez (1848), se perfilaba con extraordinario rigor el momento álgido del proceso de generalización de la palabra señorito en el seno de la clase media, proceso paralelo al de la extensión del vocablo en sentido peyorativo (8).

El hecho de que las dos expresiones «señorito» y «burgués» estén tan estrechamente unidas en el tiempo y psicológicamente tan próximas, si consideramos a la palabra señorito como vocablo que designa una clase social, es ya indicio suficiente para admitir que entre cursi y señorito existe una estrecha relación. En efecto, sólo los señoritos, la nueva clase media, pudieron ser cursis (9).

(8) «Señorico, ca, to, ta, tín, de señor, ra. Señorito, ta: el hijo de los señores, y por cortesía universalmente generalizada se suele decir del hijo o hija de cualquier otro sujeto de alguna representación y aunque no tenga tal significación social, como sucede en infinitas familias de la clase media, donde ya los criados saben darlo a los hijos de sus amos, cualesquiera que éstos sean, y a éstos mismos, siendo matrimonio joven, aquel a quien sirven, y si son tan torpes que no saben dar dicho tratamiento de señorito o señorita no se descuidan ciertamente sus amos en prevenírsele, como que de lo contrario creerían faltar al decoro de su clase; tan cierto es que todo el mundo quiere ser algo, al menos de puertas adentro o en el recinto de su propia casa. Y es mucha digresión la que hemos hecho.» (*Diccionario Nacional de Lengua Española*, por don Ramón JOAQUÍN DOMÍNGUEZ, año 1848, Madrid.)

En la comedia de NARCISO SERRA, escrita hacia 1850, *¡Don Tomás!*, hay un testimonio clarísimo de la nueva acepción de la palabra «señorito»: «Es una casualidad.—Yo nunca suelo tener...—Salió tras de mí una chica en la esquina del café,—y no me dejaba andar,—metiéndose entre mis pies,—gritándome: "¡Señorito,—cómprame usted este clavel!"», Col. de Autores Dramáticos Contemporáneos, Madrid, 1881, t. I, pág. 401.

(9) MARQUÉS DE VALMAR, apéndice a M. Romanos, *Memorias de un setentón*, Madrid, 1881, t. II, pág. 233: «Allí no dominaban los pollos ociosos e

La cursilería exige del «cursi» un cierto conocimiento de los modos de comportamiento, cierta seguridad en sí mismo y un afán de notoriedad y adecuación a los medios sociales que definen la manera superior de comportarse, que alejan de suyo al pueblo de la cursilería y la hacen insólita en las clases más altas (10).

Sin embargo, no quiere esto decir que entre los «señoritos» y la cursilería haya una relación positiva en el sentido de que el señoritismo se dé en lo cursi; al contrario lo cursi, es la caída del señoritismo. Todo cursi es un señorito de lapso, cuya caída descubre la mezquindad y culpa con que inició su apogeo la burguesía española. Quizá convenga advertir antes de seguir adelante que la expresión «cursi» está próxima a desaparecer. La realidad que designa se está esfumando. La niveladora simplificación de las formas de comportamiento, la nebulosidad de los confines entre las clases y sobre todo el olvido de la culpa originaria empujan a la palabra cursi hacia la penumbra de los Diccionarios de sinónimos.

II

Hasta la cuarta generación ha padecido nuestra burguesía las consecuencias de su vicio de origen. Observándola en general, en cuanto categoría sociológica —burguesía—, no se nota su interno temor y culpabilidad; es necesario mirar *al burgués* para percibir en su comportamiento que es *arbor malefactum*, de manera particular en ciertos modos de comportarse en los que resulta esto más transparente; tal ocurre con el cursi. El análisis de esta conducta y actitud sociales descubrirá que el cursi es un burgués caído, pero tal caída no se toma aquí como un proceso personal his-

insulsos, que como todo lo saben todo lo miran con superioridad desdeñosa. Aún no se habían inventado los *cursis*, que hoy en el trato social son nuevo motivo de la separación de las clases.» Según se desprende del párrafo indicado el MARQUÉS DE VALMAR intuyó la existencia de un cierto profundo nexo entre señorito (*pollos*) y *cursis*.

(10) De esto se tenía plena consciencia en el tiempo en que se extendió la palabra, según el siguiente texto: «El Gabinete, digo, de esta reina (se refiere a Agripina) sería hoy *cursi* seguramente ante el de la esposa de cualquier director de un *crédito mobiliario*». *Cartas trascendentales escritas a un amigo de confianza*, por don José de CASTRO Y SERRANO, primera serie, 2.^a edición; Madrid, 1863, pág. 58 (la primera edición es de 1860).

tórico por el que una persona de la clase media —Juan o Pedro— desciende al plano de la cursilería por un súbito o gradual abandono de su tensión y poderío en cuanto burgués. Sería risible admitir tal cosa. Lo que quiero decir es que lo burgués manifiesta su interior flaqueza en lo cursi donde quiera que lo cursi aparezca. Según este criterio se podría decir de ello lo que se dice del pecado, que no es *malae naturae appetitio, sed melioris desertio*, que aplicado a nuestro intento se transformaría en esta otra afirmación: que lo cursi no es el deseo de lo mejor, sino la debilidad de lo mejor. Desde este punto de vista es lo cursi una caída, y el cursi un caído. No es la caída de un enfermo, que ha decaído desde la salud, sino la de la Naturaleza, que desde el origen de un cierto ser, un niño, por ejemplo, lo muestra deforme o monstruoso, apareciendo la propia Naturaleza en el seno de lo deforme flaca e impotente. Pero de la Naturaleza puede decirse que sus productos teratológicos son circunstanciales y ella en cuanto tal no es enfermedad e impotente; sin embargo, de lo burgués y lo cursi no se puede decir lo mismo. La cursilería es el testimonio de la esencial debilidad culposa del burgués. Pero preguntemos: ¿cuál es la actitud del espectador ante lo cursi? Sea éste nuestro nuevo punto de partida para intentar introducirnos en la realidad de la cursilería.

La actitud del espectador ante lo cursi es irónica. No se trata aquí de la ironía en cuanto figura retórica ni siquiera en cuanto método dialéctico; es un estrato más profundo de lo irónico, en el que éste aparece como *resultado de la amargura que produce la clarividencia excesiva*. En este sentido la ironía procede de no resignarse a ver demasiado claro. La dificultad está en averiguar la razón de ese no resignarse. La claridad filosófica, la claridad de la razón, lleva a la serena fruición del saber; la claridad de la fe a la beatísima apacibilidad del alma, la claridad de la belleza al goce estético. ¿Qué clase de claridad es esta otra que produce amargor e inquietud? Yo diría que es la claridad de lo comunitario. Es una luz que ilumina la subyacente igualdad de los humanos; a su lumbré el uno se ve arrastrado a la identificación con el otro en aquello que el otro tiene de defectuoso y risible. Quien ironiza acerca de la tontería ha tenido antes o después la clara vivencia de que también él estuvo en los brazos de la estulticia, quien acerca de la demencia nota sin duda en el fondo de la razón que la locura acecha. El *Encomium Moriae* es un libro irónico

en el que el agudísimo espíritu de Erasmo se rebela contra lo que hay en él de común con todos. La gran ironía del libro consiste en que el propio autor se incluye entre los protegidos de la sandez, sin que esta inclusión sea auténtica, sino ficticia, por lo que logra evadirse de la desazonadora clarividencia y situarse en la elevada lejanía de lo irónico. La actitud de Sócrates sugiere algo parecido. Su punto de partida es lo comunitario. Recuérdense las famosas palabras que pronuncia en el *Menón*: «Yo no soy un hombre que, seguro de sí mismo, confunda a los demás; si confundo a los otros es porque yo mismo estoy en la mayor confusión» (80 d.).

Pero si Sócrates se hubiese resignado a la clara visión de su ignorancia, compartida por todos en su actitud, no habría habido ironía. Supo hacer de la clara consciencia de su ignorancia —«Yo soy el único que sé que no sé»— punto de apoyo para su personal pronunciamiento irónico, alejándose de los demás hacia la cima de la ironía. Por esto resultó Sócrates y resulta un personaje sospechoso. Si tenía tan profundo sentido de lo omnitudinario y se asentaba con tanta firmeza en lo trivial, ¿por qué aparecía antes o después completamente lejano y ajeno a las opiniones y a la vida común? Y con todo ironista sucede esto; es humano en la medida más general y común en que se puede serlo, pero no se resigna a la luz que produce saberse tal. No preguntemos por qué no se resigna; dejémoslo como un misterio entre el irónico y su dios.

El *cursi* provoca en el espectador la rebelión de la ironía, porque descubre el fondo común del que ambos participan: la flaqueza escondida en el seno de la clase media. En general, en cuanto lo *cursi* es un defecto, una caída, incita a la actitud irónica, desvelando la posibilidad de que el propio espectador incida en ella (11); pero el particular sólo el espectador de la burguesía media puede percibir en su total hondura el defecto de lo *cursi* y poner en el adjetivo la intención que colma de sentido a la ironía.

(11) DON JUAN VALERA percibió en parte este subsuelo comunitario: «En cuanto a la antigua *cursería* hemos dicho que apenas osaba ya nadie acusarla de este defecto; defecto, por otra parte, tan vago e indefinible que depende casi siempre del criterio de las personas el hallarle o no hallarle en otras. Lo que sí ocurre por lo común es que las acusaciones son mutuas. No se da apenas sujeto que al calificar a alguien de *cursi* haga más que pagarle, porque es seguro que los calificados por él le califican a boca llena de lo mismo» (*Parsearse de listo*, pág. 433, ed. cit.).

La intención vinculada a la expresión peyorativa *cursi* ofrece varios matices, pero quizá el de mayor realce no sea el menosprecio o la indiferencia altiva, sino la *lástima*. El sentimiento que manifestamos con la palabra *lástima* está muy lejos de ser un sentimiento cristiano; no es en ningún caso resultado del amor al prójimo, sino más bien de la propia estima que padece ante el decaimiento o invalidez de los demás. Aunque a veces irrite no ofende el amor o la conmiseración de los otros, pero la *lástima* produce un sentimiento de vejación que con dificultad se tolera (12). Precisamente porque proviene de la irremediable comunitariedad de unos respecto de otros, la *lástima* es el sentimiento nuclear de la ironía. Siendo así, ¿qué hay en lo *cursi* de lastimoso?

Lo que hay de lastimoso en lo *cursi* es la ignorancia. El *cursi* se presenta como un absoluto insipiente, cuya insipiencia tiene dos vertientes. Una no saber que se es *cursi*, otra no saber comportarse.

Respecto a lo primero admitamos que es una ignorancia de tal modo inherida al *cursi* que éste no se concibe privado de ella. El hablador puede saberse como hablador y avenirse a serlo, pero el *cursi* no se avendría a ser objeto del menosprecio y la *lástima*. Esta ignorancia no nos permite buscar en el *cursi* un estado de conciencia peculiar, tal como suele darse en el puro *snoob*, siempre al encuentro de lo nuevo estridente, sino mantenernos en las relaciones meramente sociales. El *cursi* lleva su *cursilería* como los demás la piel, sin notarla (13). Lo que sí podemos preguntarnos es qué clase de intimidad es la más propicia para caer en lo *cursi*, y la respuesta señalará sin duda a la femenina. En cierto sentido lo *cursi* aparece como una feminización de lo burgués. Sólo con la

(12) «Rosalia se quedó petrificada; aquella frase la hería en lo más vivo de su alma. Puñalada igual no había recibido nunca, y cuando bajaba presurosa la escalera el dolor de aquella herida del amor propio la atormentaba más que las que había recibido en su honra. ¡Una *cursi*! El espantoso anatema se fijó en su mente, donde debía quedar como un letrero eterno estampado a fuego sobre la carne (BENITO PÉREZ GALDÓS, *La de Bringas*, pág. 1.674; «Obras completas», ed. Aguilar, Madrid, 1941, t. IV).

(13) El personaje de GALDÓS, que se hace ante un espejo la reflexión siguiente: «Somos unas pobres *cursis*. Las *cursis* nacen y no hay fuerza humana que las quite el sello. Nací de esta manera y así moriré. Seré mujer de otro *cursi* y tendré hijos *cursis*», había dejado de serlo en la medida en que era consciente de la *cursilería* (*¡Miau!*, pág. 623, ed. cit.).

burguesía, concretamente con la clase media, la mujer se hace colaboradora material —no espiritual— del hombre. A la igualdad sacramental impuesta por el cristianismo y la igualdad ante la cultura que se inicia en el Renacimiento sigue la igualdad económica y política. El burgués está sostenido por la mujer como jamás lo ha estado clase alguna, y el hecho de que la tema tanto demuestra hasta qué punto depende de ella. En España es a finales del siglo XVIII cuando la mujer comienza a ser colaboradora del marido desde el punto de vista de la burguesía. La mujer circula con libertad por el escenario de la literatura española del siglo XIX, y desde *El sí de las niñas* hasta *La Tribuna* de doña Emilia Pardo Bazán no es poco el camino recorrido. No es extraño según esto que la debilidad burguesa se manifieste con un acentuado carácter femenino y que lo cursi en cuanto caída sea singularmente mujeril.

La femineidad de lo cursi trasparece en la delicadeza. En puridad más que delicadeza auténtica quizá lo que en lo cursi haya sea superfluidad en el esmero, pero un esmerarse que busca siempre la menor resistencia y aquello que es intrínsecamente más débil. La atención del cursi se fija con preferencia casi exclusiva en la flor, en los guantes, en el dedo meñique, en los paisajes serenos, y ante todas estas cosas se comporta con superfluo esmero. No es, pues, atribuible al cursi falta de maña para el comportamiento; lejos de ello, su mañosidad es tan patente que resulta en demasía; tal ocurre con la letra cursiva, imagen originaria sobre la que se apoyó el concepto, que denota la mano mañosa del pendolista y cuya finura de trazo incluso en los rasgos gruesos señala atención delicada y propensión al esmero (14).

Todas las notas que de lo cursi vamos obteniendo y algunas más que han de salir apuntan a condición que parece connatural con la misma cursilería: la flaqueza. ¿No se puede indiciar de aquí que la naturaleza de lo cursi consista en una interna e irremediable debilidad, tal y como corresponde a su estado de laxitud o caída?

(14) El ya citado calígrafo ALVERÁ se refiere en varias ocasiones en su obra (*Nuevo arte de aprender y enseñar a escribir la letra española*, Madrid, 1847) a la «conquetería» de la letra cursiva inglesa, a la que califica de ligera, bonita, débil.

III

Pero toda debilidad se define con relación a algo respecto de lo cual es débil. Desde este punto de vista queda aún por desen- trañar el estrato más profundo de lo que constituye lo cursi. ¿Res- pecto de qué se define como apocada la poquedad de la cursilería? *Lo cursi aparece como la escasez del ser de algo respecto de su sentido.*

La palabra sentido tiene muchos sentidos. Puedo decir que aquél es un sujeto muy sentido, o que goza de sus cinco sentidos, o que es persona de muy buen sentido, o que cayó al suelo priva- do de él, y en cada caso ha empleado el vocablo con un sentido distinto. También puedo decir que la flecha llevaba un sentido diferente al que esperábamos, o preguntarme: ¿Qué sentido tiene ahí, sobre la mesa, ese guijarro?, o bien: ¿Con qué sentido se debe interpretar el *Cantar de los Cantares*? Aún generalizando más, me es lícito sostener que asir es lo que da sentido a la mano y morir a la vida. Estas últimas acepciones me ponen sobre la pista de lo que quiero decir cuando digo que la cursilería consiste en la es- casez del ser de algo respecto de su sentido. En efecto, imagine- mos cualquier objeto de adorno o de más urgente utilidad, un lápiz, por ejemplo, ante el cual surja la profunda protesta irónica de «¡Qué cursi!». Es evidente que el lápiz en cuanto es comporta como sen- tido primigenio el de mostrarse siendo lápiz y no otra cosa. Si desde un punto de vista funcional el sentido del lápiz es escribir, desde un punto de vista más profundo el sentido del lápiz, en ge- neral de todo ente, consiste en realizarse según su esencia. En esta acepción sentido aquí equivale a la exigencia del ser de rea- lizarse según su esencia. La nota de dinámica proyección, inheri- da al concepto de sentido de tal manera que no se le puede sus- traer sin mutilarlo, indica que cuando digo que este lápiz tiene pleno sentido en cuanto lápiz le veo como la continua proyección del ser hacia su esencia, en cuya ininterrumpida tensión y lanza- miento se realiza la identificación plena de ambos. La esencia apa- rece según esto como el proyecto del ser hacia el cual éste se pro- yecta, es decir, como la perfección del sentido.

Si inquirimos con mayor precisión respecto de la suerte de éste notaremos que se puede anular el sentido de algo destruyendo su soporte, supongamos que destruyo el lápiz, pero es muy difícil

mutilarlo o empobrecerlo. Una estatua que representa un desnudo de mujer decapitada no ha perdido su sentido, sino al contrario, tiende hacia él o le comporta con mayor tensión y ahinco. Tampoco empobrece el sentido la pequeñez o debilidad de su soporte; un hombre desmirriado es un hombre y un niño enclenque un niño. El empobrecimiento del sentido de algo se presenta como la interna penuria del propio sentido. La perfección deficitaria del sentido de algo respecto de su esencia explica la razón por la que la intuición de todos ha extendido el concepto de cursilería al reino de la Naturaleza. El lector disculpará que por una ingénita tendencia a la divagación sea ahora cuando responda a aquella pregunta planteada al comienzo de este ensayo: «¿Qué significa que tengan pleno sentido juicios de valor como el siguiente: ¡Qué arroyo más cursi!»? Ahora aparece claro, desde mi punto de vista al menos, que cuando decimos cursi a un árbol nos referimos a aquel que sin dejar de serlo apunta a su esencia de tal modo escatimando que con poco más perdería la autenticidad de su sentido. En efecto, si descendemos un grado por bajo de lo cursi encontramos la caricatura y la parodia, y en el observador no ya la intuición irónica, sino la risa.

Pero el alojamiento propio de lo cursi no es el reino de la Naturaleza, sino el de la convivencia social, y en esta su sede hemos de procurar instalarnos. El comportamiento, cualquier clase de comportamiento, se realiza siempre con relación a algo, de manera que la cursilería puede proceder o del algo respecto de lo cual nos comportamos (un sombrero, una corbata) o del comportarse mismo (besar, no besar y hacerlo así o del otro modo).

Respecto de la primera fuente de la cursilería, es decir, que el algo, un sombrero o un amigo, con relación al cual nos comportamos sea de suyo cursi nos sitúa en los dominios de lo que pudiéramos llamar cursilería pasiva, ya estudiada en los ejemplos que he puesto de cursilería de las cosas —árbol, arroyo—, en tanto que la segunda, nuestra conducta en cuanto actuación personal, nos encara con lo que llamaremos cursilería activa. Este extenso segundo origen de lo cursi se orienta según tres amplísimos haces de comportamiento:

- a) El comportamiento con los usos sociales (saludar con cursilería, fumar de un modo cursi).
- b) El comportamiento con los meros hechos sociales (asustarse con cursilería o reír cursilmente).

c) El comportamiento con las cosas (pues puedo llevar un sombrero cursi y no comportarme con sursilería o viceversa).

Los distintos matices que abarcan estos distintos casos se pueden estudiar dentro de unas categorías conjuntas que denominaré lo «cursi en cuanto...» y cuyo fondo común denunciará *la escasez del ser respecto de su sentido*, estrato subyacente a todo lo cursi. Distingamos:

- a) Lo cursi en cuanto rancio (*démodè*).
- b) Lo cursi en cuanto «quiero y no puedo».
- c) Lo cursi en cuanto afectación o remilgo.
- d) Lo cursi en cuanto *snobismo*.
- e) Lo cursi en cuanto inadaptación, advenedizos.
- f) Lo cursi en cuanto ostentación o postín (15).

Aún se podrían diferenciar sin duda más modalidades, pero bastará a nuestro intento analizar someramente algunas de ellas para patentizar su relación analógica con lo cursi en cuanto tal.

Supongo que el lector de este ensayo habrá leído la deliciosa novela de E. G. Gaskell *Cranford*. Le ruego que relea el admirable capítulo primero, donde se describe la ciudad y sus habitantes, y procure extraer de este medio a cualquiera de las viejas solteras protagonistas de la novela para ponerlas con sus tocas y manteletas en una ciudad de hoy. El lector se habrá sonreído sólo al pensar qué cursi resultaría tal trasposición. La cursilería no tendría aquí su origen en lo viejo o anticuado, ni siquiera en lo rancio mismo, puesto que por sí solas cualquiera de estas condiciones no califica de cursi. Es menester algo más, que consiste en la parquedad del sentido social de estas personas en cuanto conciudadanos nuestros respecto de los esquemas de comportamiento vigentes. No se trata en este caso de anacronismo, puesto que lo anacrónico resulta de la coetanización caprichosa de hechos no coetáneos, sino de la presencia de un conjunto de maneras de comportarse y cosas que se comportan, que sin ser extraños ni irrisorios se

(15) En cuanto a la expresión postín —postinero—, que matiza de modo peculiar a lo cursi, apareció al comienzo de la segunda mitad del siglo pasado, en estrecha conexión con los acontecimientos económicos y sociales que he mencionado. En general plantea el tema, riquísimo en posibilidades para el sociólogo, de la flamenquización de las formas de vida española por los años de la restauración. Cfr. Carlos CLAVERÍA, *Estudios sobre los gitanismos del español*, Madrid, 1951, pág. 259 y sigs.

vinculan con tal parquedad de tensión a las maneras generalizadas de comportarse a las cuales pertenecen que su sentido resulta, por así decirlo, henchido de escasez.

Quizá sea ésta la ocasión para aclarar que en el orden del comportamiento individual las «esencias» respecto de las cuales tal comportamiento se define están representadas por los modos colectivos de comportarse, cualquiera que sea la clase del modo. Un grito cursi, por ejemplo, se califica desde la manera generalizada de gritar en cuanto comportarse ante uno u otro estímulo. Precisamente respecto de esta manera generalizada es anómalo lo cursi.

Con relación al «quiero y no puedo», y aquí acabaremos estos conatos de análisis pormenorizado, es quizá la forma más frecuente y común de ser cursi. En este caso como en el anterior no ocurre que todo querer y no poder coincida con la cursilería; lejos de ello es tan sólo un cierto quiero y no puedo, cuyo principal carácter radica en que el querer se comporta como si el *no* que determina el poder no existiese. Por otra parte, no media aquí entre poder y querer una relación contradictoria ni una distancia infranqueable; no es que yo quiera ser Napoleón y haga caso omiso de la imposibilidad de serlo, sino que el poder se junta tanto al querer que sólo un mínimo emparvecimiento impide su coincidencia.

De los muchos sectores del comportamiento que pudiera tomar para la discriminación de las diversas perspectivas que desde lo cursi se ofrecen, ninguna mejor que el lenguaje. Quizá el primero que notó la cursilería del lenguaje como una de las más evidentes e irritantes fuera Alarcón. Recuérdese aquí el párrafo del *Escándalo*, en el que Fabián dice a Gregoria: «Era cursi en todos los conceptos. Cursi en su virtud, cursi su hermosura, cursi su pretendida elegancia, cursi su lenguaje, cursi cuanto hallé en su vivienda.»

Desde este punto de vista las palabras son cosas con las cuales nos comportamos y que hemos de saber manejar de tal manera que no resulten mezquinas respecto del sentido de lo que quieren decir. Pero lo que una palabra o un conjunto de palabras quiere decir no es en ningún caso simplemente un raciocinio; hay además en toda palabra una carga emocional y otra sociológica, que son las auténticas fuentes de la cursilería en el habla. En lo escuetamente racional es muy difícil encontrar lo cursi. En una

proposición matemática no se da la cursilería, aun cuando en las dedicatorias de los libros de matemáticas lo cursi sea frecuente. La explicación del hecho está, supongo, en el perfecto ajuste entre el sentido y el soporte del sentido, pues en la proposición «dos más dos igual a cuatro» nada hay en el contenido de lo que dice que no esté en adecuación perfecta con el sentido de lo que dice. Es necesario que intervengan ciertos elementos emocionales en las palabras o las frases para que se produzca el desajuste. La carga emocional contenida en toda palabra se puede manejar bien respecto de la realidad a que se refieren, bien respecto de los otros vocablos que constituyen la frase. En el primer caso lo cursi brota cuando la palabra elegida, comúnmente un adjetivo, posee una intencionalidad sugeridora que no se aviene con la realidad a que se aplica. Por ejemplo, en la frase «Díome un exquisito apretón de manos» lo cursi salta a la vista, y no hay duda que la raíz de la cursilería está en el empleo de la palabra «exquisito», que ha enflaquecido el sentido general de la frase, que no acaba de decir lo que dice.

En el otro caso ocurre que estando las palabras determinadas unas respecto de otras al margen de la realidad a la que se refieren, por una cierta tensión o briosidad que pide para cada vocablo un lugar y no otro, el empleo inadecuado de una palabra respecto de otras, meramente en cuanto portadora de tales bríos o tensión, puede producir la debilidad que constituye lo cursi. Lea y oiga el lector este párrafo: «La noble mansión mostrábase acogedora. El fuego crepitaba en la chimenea y cabe ella los perros movían la cola presintiendo la llegada de su gentil dueña.»

Aparte de otras muchas perspectivas que respecto de la cursilería abre el párrafo anterior, lo convencional en cuanto cursi, por ejemplo, la cargazón de ingredientes sociológicos y psicológicos constituidos ya en elementos integrantes de las palabras en cuanto pura objetividad sintagmática, no se adecua perfectamente al sentido que el vocablo toma en la frase. El término «mansión», por ejemplo, lleva tal carga de abolengo y prepotencia que la palabra noble queda sin función y apagada —salvo en los casos en que busquemos la reiteración irónica—, con los bríos muertos, provocando en el lector el sentimiento de extrañeza y distancia. La propia intensidad del estallido que suscita el vocablo «mansión» deja al singular «chimenea» rebosante de parquedad; por la misma razón profunda «acogedora» es término que resulta debilitado. Por

su parte, las palabras del párrafo que sigue no se mantienen en la necesaria proclividad hacia su fin y culminación, pues en «gentil dueña» hay un súbito descenso y dejadez incluso fonética, que ocasiona la parquedad de esto que pudiéramos llamar cursilería del ritmo, que es complementaria del pensamiento cursi.

Por este camino, explorando las mil sendas que desde lo cursi se abren, podríamos intentar el esclarecimiento de temas como cursilería y tópico o el otro tan sugeridor de dictadura y cursilería, dos realidades entrañablemente unidas por los mismos comunes caracteres de convencionalismos y rigidez.

Pero finalizando ya este ensayo hemos de recordar que la palabra cursi no tiene parigual en otros idiomas y que este hecho denuncia la entrañable ligazón que une a la cursilería con la sociedad española contemporánea. Siendo la palabra y el concepto absolutamente ajenos a nuestro Siglo de Oro, nacen vinculados a la burguesía de señoritos, de aparición tan tardía que se da el caso único en los países propiamente europeos de que burgueses y proletarios, con sus respectivas ideologías, advienen casi al mismo tiempo. Incluido en esta coyuntura, «lo cursi» se denuncia como una cualidad peculiar de la clase media, que expone su intrínseca debilidad a la intemperie cuando desde las formas del comportamiento burgués cae por una u otra razón en lo cursi.

Tal escasez e interna penuria tiene en la clase media española motivación tan fuerte e inmediata, tanto en el orden psicológico —culposidad, sentimiento de deslealtad y rapiña— como en el psicológico —súbita aparición de la nueva clase—, que lo cursi emerge como la definición irónica desde la irreducible convivencia de casi todos en la misma latente flaqueza.

Para concluir formulemos la última cuestión: este irracional saber social que procede de la inmediata intuición de lo comunitario, ¿es asequible con asequibilidad completa o perdura siendo un auténtico saber, es decir, incapsulable en conceptos? Tan auténtica sabiduría es que —sea dicho sin ambages— nuestros intentos de aproximación parecen ahora, vistos desde el fin, surcos abiertos en el mar.

ENRIQUE TIERNO GALVÁN